

"Pescadores de Atún"

por Matías El Aventurero

I

Se acercaba la puesta del sol. Al Suroeste de Cabo Blanco, varios hombres pescaban a bordo de un pequeño barco. Eran tres parejas de pescadores. El barquito no tenía esos enrejados de hierro con su barrandita para apoyar la rodilla como los otros, que los tienen a estribor, fijos en la parte externa de la borda y que sirven para defender a los pescadores. Pescaban dentro de la borda. Todos tenían los tobillos hinchados por los coletos desesperados de los peces que caían sobre cubierta, agnizando frenéticamente fuera de su elemento y cubriendo de sangre, escamas y baba a los seis hombres.

—Capitán, dijo uno de ellos— este pescado es demasiado grande para sólo dos hombres. Es de tres cañas.

Los atunes se precipitaban velocísimos sobre los agudos ganchos cubiertos de plumas que les ofrecían los pescadores, entreverados con sardinillas vivas. Golpeaban violentamente a los hombres al ser detenidos bruscamente en mitad de su carrera. Era demasiado peso para dos hombres. Podrían pesarse alrededor de cien libras cada uno. Más bien más que menos. Corrientemente se usan dos cañas para atún hasta de ochenta libras de peso, y tres para pescado arriba de ochenta, hasta ciento veinte.

—¡Vamos, vamos! Ese anzuelo al agua! —fue la respuesta. Nosotros los americanos cogemos eso a una caña...

De pronto una de las tres parejas fue arrancada violentamente de su puesto. Un atún gigantesco los había lanzado al agua como si lo hubieran sido por una mano invisible o por un oculto resorte. Uno de ellos logró asirse de la borda y con presteza se embarcó de nuevo. El otro no tuvo igual suerte y como el barco iba ca-

minando, pronto quedó rezagado, agitando desesperadamente los brazos. Se dio la vuelta lo más a prisa que se pudo. Todavía faltaban algunas decenas de metros para desandar lo andado desde que el hombre cayó al agua, cuando, de repente, se vio surgir junto a él una enorme aleta. En menos tiempo del que se tarda en decirlo, el infortunado desapareció arrastrado al fondo de los mares en las fauces de un enorme tiburón.

El agua se tornó rojiza, como si reflejara el crepúsculo sangriento que perezosamente invadía el espacio. Los peces tomaban su revancha.

El pescador muerto tenía madre y también tenía su novia.

El capitán dice que lo siente mucho. Lo quería como a un hijo. Sin embargo, se niega a indemnizar a la madre desamparada. El triste suceso ocurrió fuera del límite que señala la ley a las aguas costarricenses. Además el muerto ganaba por tonelada y no se le podría considerar como asalariado. Era más bien un socio. Si eso es, un socio, y los socios comparten todos los riesgos. La ley habla de asalariados y además es una ley para Costa Rica. Costa Rica no es alta mar.

Pero, ¿y las ganancias? Hagamos números, como si fuéramos americanos. Una tonelada de atún representa alrededor de setenta dólares de gas todos distribuidos así: veinticinco por cogerla, veinte para refrigerarla y veinte para transportarla a San Diego. Pero en San Diego vale ciento veinte dólares. El desaparecido había cogido varias toneladas, pero sólo había recibido cinco colones por cada una desembarcada en el puerto.

Sin embargo, los americanos son consecuentes y generosos. Para que no se diga que están explotando a los costarricenses el capitán se dignó dar

"TRABAJO" comienza a publicar hoy una serie de cuadros vividos por un compañero en la pesquería del atún, entre las olas del Pacífico. Han sido escritos sin pensar en quedar bien con la literatura, por una mano joven y fuerte que se ha endurecido tirando del peje de más de cien libras de peso y de la red de sardinillas. Al leerlos se tiene la impresión de que son carne viva empapada en el sudor del esfuerzo hecho bajo el sol tropical, en pleno mar. Son el recuerdo desnudo y palpitante de lo que acaba de ocurrir en cualquier barco pesquero dirigido por la sed de ganancias, del que ha sido prescrito todo sentimiento de humanidad. Nosotros los hemos leído con la emoción con que hemos leído los cuadros de Ehrenburg.

NOTA: De nuevo publicamos la parte primera de esta serie. A ello nos ha obligado la protesta de muchos de nuestros lectores, quienes no pudieron materialmente leer la publicación anterior debido al gran número de errores con que apareció. Nos place por tanto atender esa amable solicitud, al mismo tiempo que presentamos excusas al autor por nuestra involuntaria actitud.



una indemnización. Que conste que no lo ha hecho por que tenga obligación de hacerlo. Es porque al fin y al cabo él no es mal hombre. La madre recibió... cuatro mil colones...

El capitán venía a Costa Rica "to make some money". Su barco no estaba del todo acondicionado. Faltaban los enrejados de pescar o "racks" como ellos lo llaman. Pero "time is money". Eso se podía hacer poco a poco, en ratos desocupados. Por el momento era menester pescar sin ellos. Había que apresurarse. Por qué? Tal vez alguna peste misteriosa eliminara el atún de los mares. O algún cataclismo inesperado... Lo importante era pescar. Lo único es que si hubiera habido enrejados, el muchacho no hubiera muerto, ni sus tobillos hubieran sido

cruelmente azotados por los peces agonizantes. Su madre no estaría llorando, ni su novia tampoco. Además, el dinero estaría en la bolsa del capitán. Pero, para qué pensar en eso? Nadie se muere la vispera... Pudo haberse muerto de otra cosa. Hay que olvidarlo y seguir viendo la manera de acumular monedas...

En el Golfo de Nicoya se coge la carnada. No la hay sino en ciertos lugares de Méjico y en el Golfo de Fonseca. Pero allí es muy cara. Hay que pagar impuestos prohibitivos, dicen los pescadores. En cambio, en Costa Rica sólo hay que pagar ciento veinticinco dólares anuales y se puede coger toda la sardina que se quiera. Además en Costa Rica hay mano de obra barata. Se les pagará a los nativos una peque-

ñez, que para ellos resultará mucho, en vez de traer pescadores americanos que sólo trabajan a base de dividendos y no de salarios como los ticos. Hay que recordar que a bordo de cualquier pesquero se come mejor que en cualquier lugar de Puntarenas. Esto y el salario, en todo caso mejor que en tierra, será un gran incentivo para los trabajadores criollos. Además, es una industria nueva. Ellos vienen a enseñar a los costarricenses a pescar atún. Así algún día ellos podrán hacerlo por su cuenta y entonces les estarán agradecidos a los forasteros que les enseñaron. Y el precio del aprendizaje? Ellos generosos, no lo cobran. Decididamente, ellos con el progreso y la civilización y hacen bien en no pagar demasiado. Así razonan. Olvidan que sin sardina no hay atún y que la mano de obra barata aumenta las ganancias. Tratan de convencer de que son favorecedores y no favorecidos.

Varios hombres trabajan acomodando la red para hacer un nuevo lance. La acaban de remendar porque los tiburones destrozaron la bolsa llena de sardinillas. El calor es sofocante. El sudor pone un brillo en las pieles, tostadas por el sol. Hay cuatro costarricenses y dos americanos. Todos están casi desnudos y contrastan vivamente entre sí. Los unos altos y rubios. Los otros más bajos y morenos. Todos son fuertes y musculosos. Dan la impresión de sobriedad y resistencia, los ticos. Tal vez por ser morenos...

Se hace el nuevo lance. Seis hombres, tres a cada lado, tiran apresuradamente de cada una de las alas larguissimas de la red. Pesa mucho con sus quinientos metros de largo. No se puede descansar, porque puede irse la sardina. Un pescador no se cansa nunca, no puede cansarse cuando trabaja. Los cos-

tarricenses no son menos que lo americanos, y tampoco se cansan. Antes morirán. Hay una secreta rivalidad entre ellos, desde que pereció el compañero. De pronto, la corriente lanza la red bajo el barco y se pega en la hélice. El lance se echa siempre contra corriente, pero esta vez se equivocó el capitán. En el Norte, dice, no hay corrientes. Bueno, no las hay, repite, pero se necesita un hombre que baje a despegar la red. Todos se estremecen involuntariamente. Recuerdan el compañero muerto y los destrozos causados por los tiburones. Los americanos esperaban a que se decidiera uno de los costarricenses. Ellos son los patronos y no es digno ni lógico que lo hagan todo. Ellos administran el barco, lo dirigen. Es justo que los nativos traten de compensar lo que no pueden hacer. Además esa gente está acostumbrada a jugarse la vida y, por otra parte, es de esperar que harán por donde congraciarse con ellos para no perder su puesto. Deben estar acostumbrados a inclinarse ante el forastero. Son tan atrasados...

—Capitán, dice uno de ellos— por qué los americanos no bajan a despegar la red? Es que no saben nadar? No dice usted que pesca a una caña cuando nosotros necesitamos de dos y que vale por dos de nosotros uno de ustedes? Tienen miedo de los tiburones, verdad? Pues bien, yo iré. Así somos nosotros.

No hay respuesta. Están avergonzados. Pero de allí no pasan. Baja el muchacho costarricense. Vuelve a la superficie. Falta poco, dice. Se sumerge de nuevo. Ya está, americanos.—Recalca la palabra "americanos". Sube al barco, e, indiferente a las palmaditas en la espalda y a las sonrisas de aprobación servil de los extranjeros, reanuda su trabajo.

(Continuará)

TODOS LOS AMERICANOS

libres y honrados debemos levantar la voz pidiendo la libertad de los líderes Prestes y Ghioldi víctimas de la tiranía brasileña.

Junto con una pléyade de brillantes hijos del pueblo brasileño, tanto militares como intelectuales y obreros, el General Luis Carlos Prestes—gloriosa figura militar americana—y Rodolfo Ghioldi, una de las fuerzas intelectuales más sólidas de la clase obrera y del movimiento anti-imperialista de nuestro país (Argentina) siguen sufriendo las torturas de una larga prisión, en las cárceles de la dictadura brasileña. Y peor aún, tal vez en estos momentos ellos estén, con todos sus amigos, en el viaje al presidio de Fernando Noronha, enclavado en lo más ardiente de la zona ecuatorial a centenares de kilómetros de la costa, y a donde muy rara vez llegan barcos con algo del Continente. En una carta enviada hace poco desde la cárcel de Río a su compañera y a su hija, Ghioldi les dice: "Esta es tal vez la última carta que les escribo. La primera remesa para Fernando Noronha ha salido. A nosotros nos tocará seguramente, en el segundo viaje. No se aflijan por esto... es la lucha... y den saludos a todos los amigos".

Es así, para vergüenza de América, como la dictadura que traicionó los postulados democráticos del año 3, sigue vendiéndose contra los más nobles representantes del pueblo del Brasil, que buscan la salva-

ción del país de la opresión imperialista y feudal, el restablecimiento del orden democrático y el bienestar del pueblo. Se venga de quienes representan lo más progresista de su pueblo, de quienes quieren expulsar de verdad de su suelo al nazismo y unirse en estrecho abrazo de confraternidad con sus demás hermanas de América.

Sabemos a L. C. Prestes el jefe más querido de su pueblo. Por muchas montañas de lodo que la reacción haya echado sobre su nombre, el pueblo brasileño lo sabe decidido hasta el fin e incorruptible. Su brillante carrera militar y política al frente de la famosa Columna Revolucionaria que llevó su nombre, que de 1922 a 1924 atravesó de un extremo al otro el inmenso Brasil, sembrando ideas de liberación nacional y social—promotora del gran movimiento al que los Vargas, y los Aranha fueron obligados a sumarse por un momento—nadie podrá borrarla de las páginas de la Historia. Por eso, por su vida ejemplar, cuyos episodios toman contornos de episodios de los héroes de la guerra, y por sus inquebrantables energías, puestas al servicio de ideas generosas, una vez más afirmadas ante el tribunal militar que le condenó en 1935—es por lo que, el General Luis Carlos Prestes, es siempre uno de los más altos exponentes de la lucha

por la liberación nacional de Brasil y de América.

¿Hace falta decir lo que representa Rodolfo Ghioldi en las luchas sociales y políticas de Argentina?

Hijo de una familia de profunda raigambre en el movimiento socialista, Rodolfo nació a la vida política muy joven, en los tiempos difíciles de la guerra imperialista 1914-1918. Era cuando la izquierda y las juventudes socialistas, tomando el camino del marxismo, y orientándose por la Conferencia de Zimmerwald y Kiental, llamaban a la lucha contra la guerra, en tanto la vieja dirección socialista, inspirada en el reformismo que llevó al fracaso a la Segunda Internacional, sostenía la posición condenada por la Historia,—en favor de los bandos imperialistas.

Desde entonces, durante 25 años—sobre 41 de edad—, Ghioldi ha sido uno de los dirigentes más destacados del movimiento proletario, popular y anti-imperialista. En la lucha por la formación del Partido Comunista—del cual, junto con Vitorio Codevila, fuera de los fundadores—se distinguió siempre por su enérgica defensa de los postulados de Marx, Lenin y Stalin, en cada problema del Partido y de la clase obrera. Así pulverizó con su pluma de periodista brillante e incisiva, ora a los liquidadores, llamados "frentistas",

que se levantaron en bloque fraccional contra el Partido; ora al "chispismo", otro bloque sectario izquierdista y antipartidario, puesto que hizo labor separatista, cuando el P. C. quería ser un movimiento de masas; ora al derechismo peronista, que terminó separándose del Comunismo. Y aún más; fué él quien dejó planteada públicamente la necesidad de una refutación pública crítica al revisionismo de Juan B. Justo, en defensa de los postulados de Marx, del materialismo dialéctico.

Bastante joven aún, tuvo una destacada actuación en la célebre huelga del magisterio mendocino, que dirigió la profesora Florencia Posati en 1921. Dedicó siempre particular atención al movimiento sindical, del mismo modo que participó constantemente en el movimiento anti-imperialista. Es bien conocido, a este propósito, el folleto sobre el "Pacto Roca", en el cual puso al desnudo, como pocos hasta hoy, las condiciones leoninas impuestas por el insaciable capital inglés, que todavía sigue pagando Argentina. Entre sus muchas cualidades está la de su capacidad de comprender y de alentar hacia adelante a cuanto nuevo luchador obrero, campesino-anti-imperialista se perfilaba. Pero si dedicó especial atención a los obreros—que ya forman legión, como

Compre en la
BOTICA 'LA LUZ'
(a los más BAJOS PRECIOS de plaza)
LIC. JUAN DE DIOS FREER (propietario)
Calle Alfredo Volio - Avenidas 20-22
GRANOL Ungüento notable para eczema, sarna, GRANOS, PICAZON, etc.

Suscríbese a "TRABAJO"

lo puede atestiguar el querido José Peter, quien otra vez, precisamente, sufre cárcel al mismo tiempo que su maestro—también puso máxima atención a los intelectuales. Entre éstos, trató destacadamente a Aníbal Ponce, de quien pensaba era uno de los más indicados para ayudar a los intelectuales de la nueva generación fuera de que Ponce era el llamado a hacer la crítica marxista de José Ingenieros. Cuando se enteró de la muerte de su gran amigo, a quien Ghioldi había acercado al P. C. A.—acaecida en México, desde su celda expresó su inmenso pesar. Habíase perdido una gran esperanza para el proletariado...

Estamos entre tanto nosotros los millares de amigos y compañeros de lucha de estas dos grandes vidas ejemplares? Vergüenza da decirlo, muy poco, o casi nada. Esta es la hora en la cual debe oírse la palabra de todos, hombres y mujeres progresistas, en favor de ese gran brasileño llamado L. C. Prestes y de ese formidante argentino, llamado Rodolfo Ghioldi. Ambos deben ser puestos en libertad. Y Ghioldi debe retornar a su país, junto al pueblo argentino que lo quiere, junto a su digna compañera Carmen Alfaya de Ghioldi—quien durante un año sufrió también los rigores de la cárcel brasileña—y junto a su hija. ¡Cada uno a cumplir con su deber de solidaridad americana! Hagamos todos lo imposible por la liberación de Prestes y de Ghioldi!